

Los desaparecidos que también tuvo Río Tercero

Río Tercero. Don Vicente Fernández Quintana era un conocido escribano ya jubilado, de 66 años, dedicado a la docencia en un colegio secundario. A Roberto Martinelli todos lo conocían por "Tito", tenía 24 años y se había ido a estudiar Sociología a Buenos Aires. Cecilia Pessina contaba 28, y ya casada y recibida de psicóloga se había radicado en Córdoba. Cristina Fontanellas tenía la misma edad, profesión y destino que Cecilia.

Eran –podría decirse– cuatro típicos productos de la creciente clase media de Río Tercero, ciudad que en aquellos años '70 era un paradigma del desarrollo.

Fueron –deberá decirse– los cuatro rioterцерenses desaparecidos en aquellos años de plomo.

Los cuatro, un día no estuvieron más. No dejaron ningún rastro, ningún vestigio. Sencillamente nada. Desaparecieron.

También acá

Prácticamente no hay ciudad del país que no pueda contar, entre los suyos, a algunos de los miles de desaparecidos que dejó la última dictadura militar. Sin embargo, en las localidades del interior del interior, parecieron siempre –desde entonces hasta hoy– historias escondidas, ocultas, de las que casi nadie prefería o quería hablar.

Y el 28º aniversario del último golpe de Estado –del 24 de marzo de 1976– reactualizó por estos días en todo el país el tema. Y Río Tercero tiene su propia cuota de historia para contar.

Don Vicente

El de Vicente Fernández Quintana fue, en realidad, el único caso en donde la desaparición se produjo en Río Tercero.

En la oscura noche del 14 de mayo de 1976, varios hombres golpearon fuerte la puerta de esa casa de calle 12 de Octubre. Beatriz atendió y escuchó en un tono poco diplomático el pedido de que bajara su esposo. La mujer subió la escalera, temió que podía ser lo que efectivamente fue, y le sugirió que escapara por los techos. Pero don Vicente bajó, y casi sin mediar palabras, lo cargaron a los empujones en un Ford Falcon, mientras le ordenaban a ella, apuntándole con armas largas, que volviera a entrar a su casa. Fue la última vez que se lo vio a don Vicente.

Debieron pasar muchos años –exactamente ocho– para que su familia se enterara que el escribano había fallecido en el centro clandestino de detención La Perla, de Córdoba. En todo ese tiempo fue sólo un

desaparecido. En realidad lo sigue siendo: jamás se pudieron encontrar ni siquiera sus restos.

Fernández Quintana era un militante radical, enamorado de Amadeo Sabattini y amigo personal de Arturo Illia. Todos lo recuerdan como un personaje apasionado, entretenido y sobre todo muy hablador. Fue quizá ese pecado de "bocón" el que le costó la vida. Es que el escribano solía despotricar, en cualquier esquina, contra quienes amenazaban el sistema democrático. Y tenía otro "pecado imperdonable": sus dos hijos, nacidos en Río Tercero, militaban en los movimientos universitarios de Córdoba por esos años.

Enrique, el mayor, había sido detenido pero ya en 1973 (tres años antes), cuando organizaba junto a otros estudiantes de Derecho charlas sobre política internacional. Desde entonces estuvo preso e incomunicado. Ni su padre ni su madre lo vieron en todo ese tiempo. Mientras, Ernesto –el menor– estaba en libertad pero sus pasos eran seguidos de cerca, en ese 1976, por las fuerzas de seguridad. Poco después del secuestro de don Vicente, Ernesto caía también detenido.

Sólo quedó Beatriz, sin tener durante años ni una sola noticia del paradero de ninguno de los tres.

Cuentan todos los que eran allegados a la familia, que don Vicente intuía lo que le podía pasar. Se sentía amenazado, los Falcon pasaron durante semanas frente a su casa, que una noche –semanas antes de su secuestro– apareció incendiada y desordenada. Lo mismo le pasó a una quinta de su propiedad, entre Río Tercero y Almafuerte.

Su detención fue clandestina. Nadie sabe quiénes lo vinieron a buscar, ni dónde lo llevaron.

Recién en 1984, recuperada la democracia, una sobreviviente de La Perla aportó el dato de que en esa especie de campo de concentración lo había visto a ese tozudo escribano riotercerense. Allí estuvo –contó– apenas dos semanas. Los testigos aseguran que su salud no resistió las torturas. Y que su carácter irritaba a los torturadores, a los que insultaba mientras actuaban.

Al menos su familia pudo saber dónde murió, y por el lugar al que fue llevado, determinar quién lo secuestró. Pero jamás pudieron conocer dónde fueron a parar sus huesos.

Sus hijos recuperaron la libertad, uno en 1982 y otro en 1983. Enrique, que estuvo casi 10 años detenido, vive hoy en Córdoba. Ernesto falleció a poco de ser liberado, casi al mismo tiempo que su mamá Beatriz.

El "Tito"

Roberto Martinelli pudo ser productor agropecuario: su familia es de campo, y lo sigue siendo. Pudo ser marinero: a los 16 años se fue a la Escuela Naval, de La Plata, pero al año regresó sin que le haya gustado. Cuando terminó el secundario en el Instituto Alexis Carrel de Río Tercero (del que fue abanderado) "Tito" –como todos le decían– hizo un curso de orientación vocacional que le aconsejaba estudiar Sociología. Le gustó la idea, pero debió irse a Buenos Aires para concretarla.

En esos años, estudiar en la universidad y participar de la activa vida política del momento iban casi de la mano. Nadie de sus amigos de adolescencia riotercerense podría imaginar que aquel pibe pintón y simpático, podría ser un militante comprometido con la vida del país en la gran urbe. En Buenos Aires se casó, y vivía de un quiosco de diarios. Tenía 24 años y acababa de terminar su carrera universitaria.

El 24 de marzo de 1975, justo un año antes del golpe de Estado, no fue a trabajar. Tampoco su mujer apareció. La desesperación de ambas familias por hallar algún rastro fue en vano: nadie decía saber nada. Sencillamente, un día desaparecieron. Se esfumaron. Quienes se los llevaron no dejaron una sola huella.

La impresión de los Martinelli, con los años, por la fecha del secuestro y por los datos sueltos que pudieron recoger, es que Tito habría sido una víctima más de esos años de esplendor de la Triple A, el grupo terrorista de ultraderecha comandado por José López Rega, organización que aunque clandestina, actuaba en connivencia con fuerzas del Estado. La obsesión de la Triple A era la militancia de izquierda, a los que identificaba a todos como comunistas y subversivos. Luego, muchos de sus integrantes se sumaron al plantel de represores de la Dictadura.

Tito –aseguran los testimonios– participaba en los movimientos universitarios que se identificaban claramente con la izquierda. Sus familiares recuerdan a un joven que, en sus años universitarios, se mostraba comprometido con los temas sociales y políticos, pero a la vez crítico de otros grupos de izquierda, como Montoneros o ERP, que luego eligieron el camino de la lucha armada.

Los Martinelli nunca supieron quiénes y por qué se llevaron a Tito y su mujer. Y jamás, hasta hoy, tuvieron un dato sobre cuál fue su destino.

Juan, su padre, debió un día bajarse del tractor en el campo de Río Tercero para deambular por pasillos de juzgados, regimientos, ministerios, sin que nadie, nunca, jamás, le dieron ni siquiera un dato aproximado.

Por algunas referencias sueltas, y algún testimonio endeble, obtenidos muchos años después, la familia supone hoy que, como tantos otros

desaparecidos antes de la Dictadura, a Tito lo habría llevado la Triple A a una dependencia que funcionaba en la Policía Federal. De allí –creen– no habría salido más. Pero deben convivir con la suposición, ante la falta de toda certeza.

Cecilia

Cecilia Pessina terminó el secundario en el Comercial, de Río Tercero, como cualquiera. Y enfiló luego para estudiar en Córdoba, como tantas. Cursó psicología mientras casi cada fin de semana regresaba a su ciudad para estar con su familia. Se recibió y se casó, con el jujeño Gabriel Avila. Carolina fue el nombre que eligieron para su hija.

Cecilia tenía 28 años, cuando el 14 de agosto de 1976 se quedó sin marido: la información oficial fue que Avila había muerto en un puente, en Córdoba, en un enfrentamiento con la Policía.

En realidad, ella ni se enteró de ese hecho, porque en la misma noche fue secuestrada de su hogar. Un grupo comando, fuertemente armado pero vestido de civil –contaron varios testigos– irrumpió en el departamento y se la llevó.

Al salir, los secuestradores tocaron varios porteros del edificio para avisar que adentro había quedado, sola, una pequeña niña. Era tanto el miedo de la época, que recién a la mañana siguiente algunos vecinos se animaron a entrar: Carolina, de apenas tres años, había pasado su primera noche sola. Desde allí, nunca más vería a su madre. Y nadie sabría ya nada de ella. Simplemente desapareció.

Su hermana Graciela, farmacéutica en Río Tercero, no encuentra respuestas desde hace 28 años. Ambas participaban de los mismos movimientos universitarios, con pensamiento de izquierda, desde los que soñaban con un país distinto. Jamás –asegura– tuvieron vinculación con otros grupos que eligieron la vía armada. “Al contrario, éramos cuestionadores de esa estrategia”, señala aún hoy.

A Graciela, por entonces también en Córdoba, y recién casada con Santiago Brunetto, un grupo comando también los visitó en su casa. Todavía no sabe por qué a Cecilia sí y a ellos no.

En Río Tercero, don Domingo, el padre de Cecilia, no podía creer que nadie supiera decirle dos palabras del paradero de su hija.

Con la ingenuidad propia de un típico hombre de clase media, salió a buscar respuestas, y sólo comprobó –sin salir nunca del asombro– la forma clandestina, indiscriminada y atroz con que se reprimía desde el Estado. Don Domingo fue primero a la Fábrica Militar Río Tercero, donde tenía militares a los que conocía de sus años de empleado allí. Le dijeron

que consultara en la Policía.

Ese mismo día, cuando ingresó a la comisaría, frente a la plaza central de su ciudad, para exponer que en Córdoba alguien se había llevado a su hija a los golpes, desapareció también él.

Su esposa, que estaba en el auto esperándolo afuera, lo vio entrar pero jamás salir del edificio policial. Sólo vio partir un auto con cuatro personas, a toda velocidad. La mujer debió volver caminando a su casa. A su esposo, en realidad, se lo habían llevado a Córdoba: Domingo estuvo tres días detenido en forma clandestina, sin que nadie supiera su paradero. Pero además, fue duramente golpeado y torturado. Paralelamente, su casa en Río Tercero era requisada por fuerzas de seguridad.

Si a don Domingo se lo hubieran contado, no lo habría creído. Quizá, como a cualquier vecino de su edad de la sociedad de entonces se le hubiera cruzado pensar que "por algo será..."

Los Pessina tenían dos desaparecidos por esos días. Don Domino regresó a los tres días; Cecilia nunca.

La búsqueda de la familia, durante años, por obtener al menos una sola pista del destino de Cecilia, no dio ningún resultado. Nadie nunca supo dónde la llevaron, ni dónde quedó.

Cristina

Cristina Fontanellas era muy amiga de Cecilia Pessina. Lo eran en Río Tercero, y también en Córdoba. Compartían la misma carrera, pero además la misma vocación por involucrarse en los temas sociales del país. Cristina estaba casada con un joven contador, oriundo del sur cordobés, al que conoció en Córdoba. Ambos también desaparecieron un día de 1976. Figuran, en partes de la época, como "muertos en un enfrentamiento", en la capital provincial. No quedan familiares directos de Cristina en Río Tercero. Pero en Córdoba queda un hijo, Emiliano, que era apenas un bebé cuando sus padres fallecieron.

Fuente:

Por Fernando Colautti | Corresponsalía.
fcolautti@lavozdelinterior.com.ar